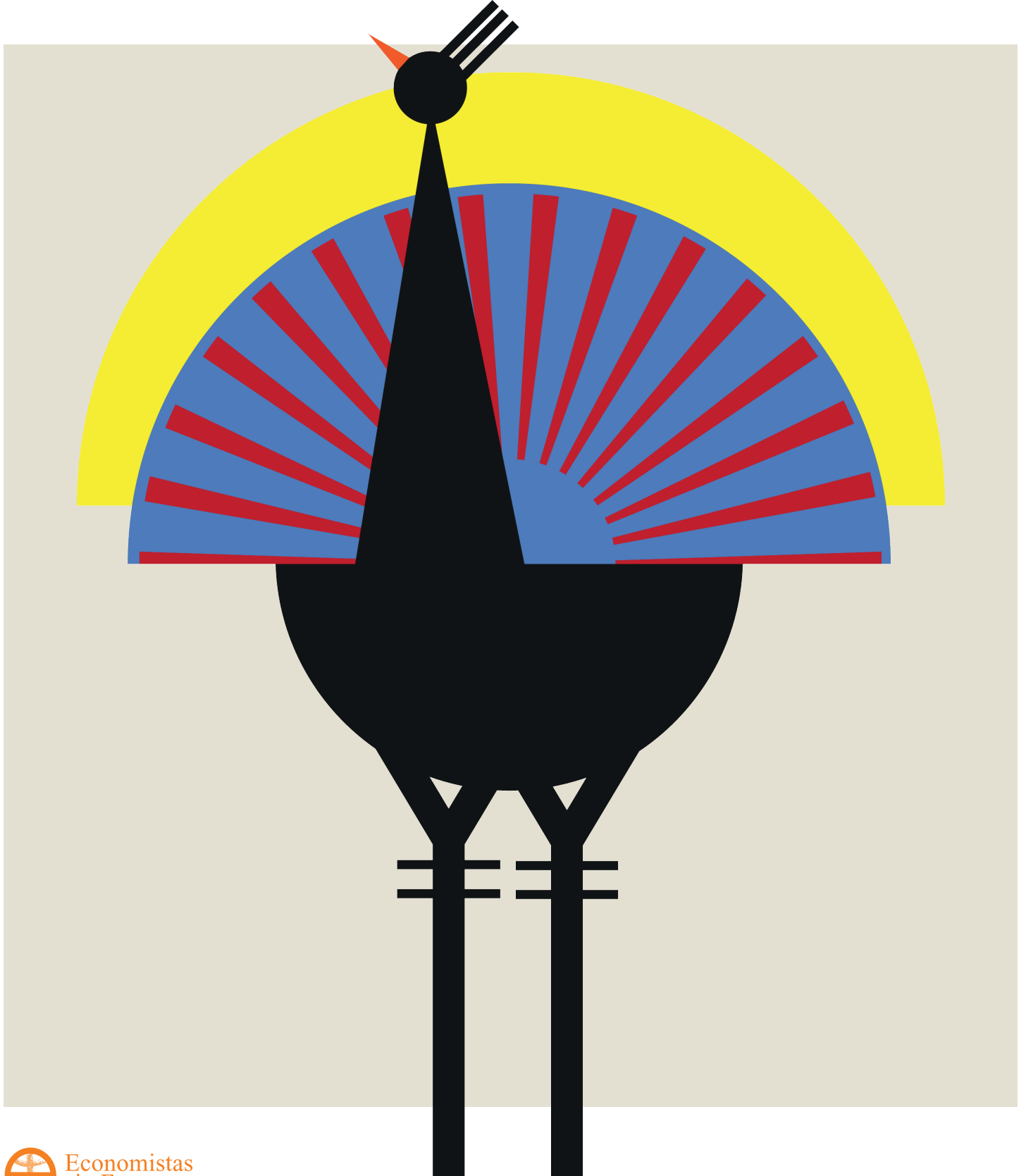


# ECONOMÍA FUNDAMENTAL:

LA INFRAESTRUCTURA DE LA VIDA COTIDIANA

COLECTIVO DE ECONOMÍA FUNDAMENTAL



## ***Economía fundamental: la infraestructura de la vida cotidiana***

**Foundational Economy Collective** (2018)

**Edición:**

Economistas sin Fronteras / Febrero 2020

**Traducción:**

Estela Rámila Gómez

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite libremente copiar, distribuir y comunicar esta obra siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.



Este texto es una traducción adaptada del capítulo segundo «(Re)discovering the foundational» del libro: **Foundational Economy Collective** (2018) *Foundational economy: The infrastructure of everyday life* pp. 6-26. Manchester University Press.

Puede adquirir el libro completo en:

<https://manchesteruniversitypress.co.uk/9781526134004/>

Para más información consultar <https://foundationaleconomy.com/>

o contactar: [julie.froud@manchester.ac.uk](mailto:julie.froud@manchester.ac.uk)

Esta traducción y edición ha sido realizada con el apoyo del Ayuntamiento de Madrid en el marco del proyecto «Escuela popular de economía y ODS: vecinos y vecinas de Madrid construyendo una economía para la localización de la Agenda 2030».

**Diseño y maquetación:**

Edita.in

# ECONOMÍA FUNDAMENTAL:

---

## LA INFRAESTRUCTURA DE LA VIDA COTIDIANA

Colectivo de Economía Fundamental (2018)

*Este texto es una traducción adaptada del capítulo segundo «(Re)discovering the foundational» del libro: **Foundational Economy Collective** (2018) Foundational economy: The infrastructure of everyday life, pp. 6-26. Manchester University Press.*

### La rutina matutina

*Llevas a los niños al colegio y después te vas a trabajar: así es una mañana de un día laborable en una ciudad europea cualquiera. Cuando la alarma suena, enciendes la luz de la mesita de noche antes de darte la ducha que conseguirá despertarte; el desayuno consiste en pan y leche que has comprado en el supermercado, calientas la leche en la cocina porque los niños la prefieren así. La persona que cuida a tu madre te llama para decirte que hoy no puede ir a su casa. Consultas el saldo de tu cuenta por internet porque falta una semana para terminar el mes y, después, solicitas un servicio de reparación para la caldera, que lleva ya tiempo estropeada. Los niños se van peleando mientras los llevas, con la lengua fuera, al colegio del barrio que está al otro lado del parque. Coges el autobús y tardas 20 minutos en llegar al trabajo, que está en el centro de la ciudad. Eres técnico sanitario en el gran hospital universitario.*

**P**odríamos modificar los detalles de esta situación doméstica, añadiendo por ejemplo una pareja (que podría ser o no de tu mismo sexo). Los detalles culturales de la rutina cambiarían en función de la época y el lugar en que nos encontráramos. Un padre/madre británico suele empezar el día con una taza de té que ha hervido en una tetera eléctrica; en Italia se prepara una taza de café en una cafetera italiana. En Gran Bretaña, la victoria de la bolsita de té sobre el té clásico preparado con las hojas y la tetera es el claro reflejo de la búsqueda constante de la comodidad y el ritmo frenético en nuestras vidas que se han impuesto durante los últimos 50 años. En Italia ha sucedido lo mismo con el auge de las cápsulas de café que se ha producido en los últimos 30 años. Si cambiamos de región y nos fijamos en Estados Unidos o Japón, veremos que las costumbres son diferentes, al igual que existen diferentes medios para lograr un mismo fin. Por ejemplo, en Estados Unidos, la

mitad de los/as niños/as va al colegio en autobuses amarillos dedicados exclusivamente a eso. En el Japón rural, lo hacen en filas de dos en dos y los/as más mayores se encargan de dirigir al grupo.

Esto es lo que sucede aquí y ahora. Sin embargo, durante la mayor parte de la historia de la humanidad la rutina matutina no ha sido así; al igual que les sucede a muchas personas que viven actualmente en países con rentas bajas, las ciudades eran tan insalubres que la inmigración se convirtió en uno de sus pilares fundamentales para poder mantener los niveles demográficos. Así eran las cosas antes de 1880 en las principales ciudades de Europa Occidental: ciudades devastadas por un índice de mortalidad infantil alto y por las enfermedades infecciosas (Lenger 2012, pp.38-40). Las enfermedades mataban por igual a ricos y pobres porque las ciudades no tenían un sistema de agua potable corriente ni una red de alcantarillado. Tampoco existía un suministro doméstico de gas y electricidad. Y esto es a lo que se enfrenta cualquier hogar de un municipio sudafricano o de un suburbio de Bombay en su día a día. Antiguamente, cuando un padre/madre se levantaba, buscaba a tientas una vela o una lámpara de aceite y la encendía. Una de sus primeras tareas consistía en ir a buscar agua o sacarla de algún pozo. Una situación que muchos hogares de las comunidades pobres también viven a día de hoy. Si se enferma a causa de agua contaminada, no se tiene derecho a una atención sanitaria gratuita. La escolarización tampoco es gratuita y su coste está muy por encima de las posibilidades de un hogar pobre.

En los países con rentas bajas, todavía es muy habitual que los hogares no tengan acceso a los suministros energéticos básicos o que lo hagan de manera ilegal. En Sudáfrica, por ejemplo, menos de la mitad de los hogares tienen agua corriente en su vivienda<sup>1</sup> y una cuarta parte sufre interrupciones en el suministro<sup>2</sup>. El 27% de los hogares no cuenta con una red de saneamiento, lo que significa que ni siquiera alcanzan el nivel básico establecido por la Organización Mundial de la Salud (OMS)<sup>3</sup>. En Sudáfrica también es muy frecuente que se produzcan robos de electricidad: de acuerdo con Eskom, el proveedor estatal de energía sudafricano, en este país se pierden al menos 20.000 millones de rands al año a causa de los robos<sup>4</sup>. Asimismo, en gran parte de Latinoamérica resulta muy complicado conseguir un suministro de agua y electricidad a un precio asequible. Muchas favelas están conectadas a postes ilegales y no pagan por su conexión eléctrica: fuentes oficiales calculan que el 13% de toda la electricidad generada en Brasil acaba siendo robada, una cifra que alcanza el 30% en el estado de Amazonas<sup>5</sup>.

---

1 <http://www.gov.za/speeches/dws-acknowledges-findings-statssa-water-and-sanitation-provision-3-jun-2016-0000>

2 <http://www.statssa.gov.za/?p=9145>

3 <https://washdata.org/data#!/zaf>

4 <http://www.eskom.co.za/news/Pages/Dec7.aspx>

5 <http://thebrazilbusiness.com/article/stealing-infrastructure-access-in-brazil>

La organización de servicios básicos universales y eficaces, así como la sanidad y la educación, es sin duda uno de los principales retos a los que se enfrentan muchos países con rentas bajas y medias. Sudáfrica invierte más del 5% de su producto interior bruto (PIB) en educación (más que la media europea), pero el 27% de los niños no saben leer tras haber asistido seis años al colegio<sup>6</sup>. En este caso, se trata de un problema que está más relacionado con la organización y la distribución de las rentas que con la renta per cápita. Existe por lo menos un país de renta baja socialista que ofrece servicios sanitarios universales con unos resultados excelentes: Cuba tiene un índice de mortalidad infantil inferior al de Estados Unidos y, además, la esperanza de vida es de 79 años, 30 años más que su vecino Haití<sup>7</sup>. Pero en la mayoría de países con rentas bajas y medias, los servicios sanitarios son limitados para quienes no pueden permitirse un seguro privado.

Por el contrario, en Europa, entre las 7 y las 9 de cada mañana laborable la mayor parte de la ciudadanía utiliza bienes y servicios suministrados por más de seis sistemas, tanto económicos como sociales, que conforman la infraestructura cotidiana de la vida civilizada. En el ejemplo que hemos visto al comienzo del capítulo, el padre/madre que trabaja utiliza y confía en al menos once tipos de servicios antes de comenzar a trabajar como técnico sanitario en el hospital. Por orden cronológico son: suministro eléctrico, agua corriente, aguas residuales y alcantarillado, sector minorista de la alimentación, suministro de gas, telecomunicaciones (conexión mediante hilo de cobre y telefonía móvil), asistencia para mayores, banca minorista, mantenimiento de bienes de consumo duraderos, educación y transporte público.

Estos servicios y sistemas no solo forman parte de lo cotidiano, sino que a menudo se dan por sentado hasta que fallan. Por ejemplo, cuando se produce una intoxicación alimenticia o cortes energéticos, se tratan como auténticas crisis que el funcionariado y los/as representantes políticos deben arreglar porque la ciudadanía de los países con rentas altas espera comer comida en buen estado y tener la luz encendida. La continuidad del suministro energético es algo que se da por sentado, por lo que cuando se producen interrupciones ocasionales, la ciudadanía reacciona con estupor e incredulidad. Esto fue lo que sucedió en el sur de Australia hace poco, donde la gente decía cosas como: «Estamos en 2017. Seguro que ya hemos pasado por cortes en el suministro y tenemos sistemas de emergencia» o «Sin duda es muy extraño que un país primermundista no cuente con fuentes energéticas fiables que suministren energía ininterrumpidamente» (ABC News, 2017). La ciudadanía se da cuenta de que vive en un estado débil, como sucede en Libia, cuando tiene que vivir con continuos cortes del suministro (Sherib y Sorrer, 2017).

---

6 <https://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21713858-why-it-bottom-class-south-africa-has-one-worlds-worst-education>

7 [https://www.huffingtonpost.com/salim-lamrani/cubas-health-care-system-\\_b\\_5649968.html](https://www.huffingtonpost.com/salim-lamrani/cubas-health-care-system-_b_5649968.html)

Estos servicios cotidianos y básicos no están completamente garantizados en las democracias capitalistas ricas. Los problemas sobre la calidad, el acceso y el precio de estos sistemas y servicios ocupan a menudo la agenda política. Y lo mismo sucede con la cuestión de si deben ser una propiedad pública o privada y quién tiene que gestionarlos. Desde que surgieron las ideologías basadas en el libre mercado, como el thatcherismo, en muchos países se ha producido la privatización de los servicios que anteriormente habían sido propiedad del Estado. Recientemente hemos visto cómo se subcontratan servicios financiados con impuestos, como la asistencia para mayores, anteriormente ofrecidos directamente por el Estado. Estos cambios son rechazados por algunos sindicatos y suponen que la ciudadanía esté preocupada por el importe de sus facturas de suministros básicos y de la calidad de los servicios sociales prestados.

Sin embargo, a pesar de su importancia, tanto el pensamiento económico convencional como el debate político no se ocupan en profundidad de estos servicios. En este caso, la «infraestructura» se ve como una palanca para la recuperación económica y la competitividad, lo que es sin duda una visión muy limitada. La formación o la educación de la mano de obra junto con una buena infraestructura de transporte (físico) son los dos pilares fundamentales para favorecer la creación de empleo y fomentar el crecimiento económico en las regiones rezagadas. Podemos encontrar ejemplos extraídos de los planes económicos de la Unión Europea, además de a escala nacional o regional, que podrían ilustrar esta situación. A modo de ejemplo, podemos analizar un documento sobre estrategia económica de la región de Manchester de hace algunos años cuando estaba alineada con el ministerio de Hacienda de Reino Unido y estaban convencidos de esta ortodoxia:

La clave para poder compartir la prosperidad reside en asegurarnos de que más personas puedan acceder al mercado laboral, conserven sus puestos de trabajo y adquieran las habilidades necesarias para progresar dentro del mercado laboral, mejorando tanto la productividad como la autosuficiencia y reduciendo la necesidad de recurrir a servicios públicos... Para la región de Manchester, la conectividad y la inversión en transporte siempre han sido prioritarias para su estrategia económica. Esta inversión refuerza y amplía el mercado laboral de esta región, un factor crucial para nuestro éxito en el futuro. Además, permite a las empresas locales reducir costes, ya que pueden trasladar personas y bienes más rápidamente, con una mayor facilidad y fiabilidad.

(GMCA 2013, pp.23, 34)

Esto nos ofrece una visión parcial del alcance y la importancia de una especie de economía invisible cuyos bienes y servicios son los cimientos de la vida civilizada cotidiana.

### Economía dominante: PIB y servicios intensivos en conocimiento

El origen de esta invisibilidad radica en la forma en la que el lenguaje económico académico y los/as representantes políticos que lo utilizan piensan y hablan de «la economía». Definen los campos de lo visible, y como resultado hacen que las cosas importantes se vuelvan invisibles. Aunque actualmente existen muchas teorías económicas (convencionales y heterodoxas), todas ellas comparten por lo general una visión del mundo en la que los servicios y sistemas de los que hablamos en este artículo no existen como un objeto de pensamiento y acción por sí mismo.

Al igual que sucede en otros ámbitos, las teorías económicas desvelan y ocultan información a través de figuras retóricas, como son habitualmente la metáfora y la metonimia. Durante más de cincuenta años, el concepto de Producto Interior Bruto (PIB) y el de crecimiento han utilizado metáforas para crear una imagen de economía única. El cálculo de estos conceptos unifica elementos heterogéneos de la vida económica como si fueran iguales, con el pretexto de que todos ellos generan ingresos que los/as economistas pueden sumar. De la misma forma, se utiliza la metonimia para designar una parte como si fuera un todo. Durante los últimos treinta años, tanto los/as economistas como los/as representantes políticos se han ido centrando cada vez más en la parte de la economía relacionada con la competitividad y la tecnología, de forma que las actividades cotidianas han ido desapareciendo del panorama.

Los problemas que plantea esta forma de calcular el PIB son más que conocidos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y Reino Unido crearon el cálculo de la renta nacional en el contexto de la movilización realizada para la guerra global. De esta forma, los/as representantes políticos estadounidenses podrían valorar el equilibrio entre la producción militar y la civil. Los/as representantes políticos británicos, por su parte, podrían frenar la inflación en condiciones de pleno empleo. Los primeros creadores del PIB como Kuznets (1934) y algunos críticos más recientes como Fioramonti (2013; 2017) y Coyle (2014) coinciden en afirmar que el PIB no es un buen indicador para medir el bienestar. El proceso de agregar los ingresos de mercado y la producción del Estado a coste de producción presenta numerosos problemas técnicos, como por ejemplo de qué forma calcular el gasto en defensa o cómo valorar la producción del sector financiero. Por su parte, feministas y ecologistas hablan de problemas mayores, como el trabajo no remunerado y las externalidades ambientales<sup>8</sup>.

En cualquier caso, existe una discrepancia importante en la práctica entre los tipos de bienestar de los que hablamos en este libro y el PIB. Desde 1990, el Índice de Desarrollo Humano de la ONU ha intentado ilustrar ese punto. La primera versión, y la más sencilla, servía para clasificar a los países teniendo en cuenta tres

---

8 Véase, por ejemplo, el documento de Christophers (2011) sobre el sector financiero, de Waring (1990) para una crítica feminista clásica del PIB y Stiglitz et ál. (2009) para una valoración general.

indicadores: el ingreso nacional bruto (o INB), la esperanza de vida y los años de escolarización. Es cierto que generalmente, existe una correlación positiva entre el PIB y las otras variables, pero esta relación es muy débil en países con rentas medias. Se trata de países con una capacidad política muy variable a la hora de organizar sistemas de salud públicos que garanticen un aumento de la esperanza de vida o de movilizar recursos fiscales para poder financiar una escolarización larga (Deb 2015).

Y, a pesar de todo ello, los/as representantes políticos siguen utilizando el indicador del PIB en sus conversaciones, mientras el público al que se dirigen no acaba de entenderlo. El hecho de que un país tenga «el mayor ritmo de crecimiento del PIB de los países del G7 o del G20» solo sirve para que su ministro de Economía presuma de ello. Todos y cada uno de los ministros/as de Economía europeos/as desean poder tener la suerte de conseguir este logro cuando los ciclos económicos de los países no están sincronizados. Pocos son quienes, dentro de la clase política, se dan cuenta de que hablar del PIB y de los ritmos de crecimiento se convierte, en el mejor de los casos, en una musiquilla de fondo en los telediarios y las campañas políticas, ya que una gran parte de la ciudadanía de a pie no entiende lo que significan estos conceptos. En una encuesta realizada recientemente en Reino Unido, solamente el 39% de los encuestados supo definir el PIB, mientras que el 25% respondió simplemente que no lo sabía (Earle, Moran y Ward-Perkins 2017, p.19). Y seguramente esta es la situación en otros países.

El debate para sustituir al PIB como indicador no ha terminado, ya que deja la puerta abierta a un nuevo debate posterior al Índice de Desarrollo Humano. Este nuevo debate versa sobre el uso de un cuadro de mando integral y un panel de control del bienestar con múltiples indicadores, tal y como propone el informe realizado por Stiglitz, Sen y Fitou para la Comisión Europea (Stiglitz et ál. 2009). Estas herramientas son interesantes desde un punto de vista técnico, pero supondrían un verdadero reto intelectual para la ciudadanía de a pie, si hubiera que pedirle que entendiera una noticia sobre mejoras en, por ejemplo, tres de los cinco principales indicadores del bienestar. Asimismo, resulta muy sencillo que este tipo de debate se empiece a enredar y termine en debates sobre los resultados medios en lugar de los objetivos. De esta forma se pierde de vista la excelente percepción de Richard Titmuss sobre el significado de bienestar: «unas condiciones mínimas para toda la ciudadanía». Su percepción ha tenido más repercusión recientemente en relación con el concepto de «suficiencia» sobre el que se fundamenta el experimento de Bután para sustituir el PIB. Estas condiciones mínimas son importantes porque, a pesar del respeto formal por el principio de servicio universal, en la práctica, puede que haya «servicios públicos pobres para gente pobre»<sup>9</sup>. Los debates

---

9 Por ejemplo, en Reino Unido, la Joseph Rowntree Foundation ha publicado un análisis sobre «la ley de cuidados inversos» de acuerdo con los datos del censo de 2001, donde se demuestra que a



sobre el acceso a estos servicios deberían centrarse en la calidad de los mismos para todas las personas, no solo en la red de seguridad que ofrece un servicio residual.

En contraposición a este contexto de debate sobre los indicadores, la política se ha ido centrando recientemente en un componente del PIB relacionado con una parte concreta de la economía de mercado: los servicios intensivos en conocimiento (KIB por sus siglas en inglés) y la fabricación de alta tecnología. Se trata de un replanteamiento muy reciente de la economía que está teniendo un gran impacto. Representa un tipo de respuesta defensiva por parte de los/as representantes políticos europeos ante el deterioro de los resultados económicos y el incremento de la inseguridad. Por ejemplo, el término «servicios intensivos en conocimiento» para referirse a los servicios que contratan a profesionales y científicos/as altamente cualificados/as se utilizó por primera vez en un informe de Miles et ál. (1995) realizado para la Unión Europea. La preocupación por fomentar la innovación a través del apoyo del Estado al sector de la investigación y el desarrollo es un hecho más reciente. En Reino Unido se debe en gran parte a Mazzucato (2015) y a una creciente receptividad ante los debates sobre el fracaso del mercado a la hora de apoyar la innovación desde las primeras etapas. Una consecuencia típica es la política industrial de Reino Unido que propuso el gobierno en 2017 y que prometió que «los nuevos «acuerdos sectoriales» y la inversión en investigación y desarrollo serían los que respalden aquellos sectores del futuro que Gran Bretaña podría liderar a escala internacional: desde los vehículos eléctricos a la biotecnología y a las tecnologías cuánticas» (Gobierno británico, 2017).

Esta preocupación por los servicios intensivos en conocimiento y la fabricación de alta tecnología es comprensible, ya que son sectores muy atractivos, fascinantes y orientados hacia el futuro por sí mismos: actividades relacionadas con la alta tecnología, con un gran valor añadido y bien remuneradas para las que se contrata mano de obra cualificada. Dada la ralentización del crecimiento y la falta de competitividad a nivel europeo, estos sectores se ven como los portadores de la innovación, la gran productividad y la renovación a través de una mayor competitividad. Por lo tanto, el funcionariado de la Unión Europea y los/as representantes políticos nacionales o regionales, así como sus consejeros/as económicos/as, afirman que es esencial apoyar a estos «sectores de la próxima generación» dados los beneficios económicos que sin duda generan. No obstante, se trata de una visión un tanto optimista, ya que estos sectores generan muy poco empleo directo. Este hecho se puede

---

menudo, la provisión de estos servicios por parte de personal cualificado en los servicios públicos, así como otros recursos, puede variar de manera inversamente proporcional a los niveles de pobreza. Disponible en: <https://www.jrf.org.uk/report/relationship-between-poverty-affluence-and-area> Si desea información sobre el experimento de Bután consulte: <https://www.theguardian.com/world/2012/dec/01/bhutan-wealth-happiness-counts>

demostrar fácilmente si comparamos las cifras de empleo de la Unión Europea en servicios intensivos en conocimiento y en la fabricación de alta tecnología con las cifras del sector de la salud y la atención médica. En los 28 países de la Unión Europea, la fabricación de alta tecnología y los servicios intensivos en conocimiento no dan empleo actualmente a más de un 4% de la mano de obra. La variación de la media entre naciones va desde el 2,2% de Lituania al 7,4% de Irlanda<sup>10</sup>.

El problema de la limitación en materia de empleo persistiría si ampliamos la definición de «actividad de próxima generación» para incluir también la fabricación de tecnología media. Incluso si reconstruyéramos cada país de la Unión Europea a imagen y semejanza de Alemania y además añadiéramos los servicios intensivos en conocimiento y la fabricación de alta y media tecnología, incluida la ingeniería, estos tres sectores supondrían como máximo el 10% del empleo. El número de personas que trabajan en «actividades intensivas en conocimiento» es mucho mayor y está creciendo, pero se trata de una confusión provocada por las estadísticas. Estas actividades se caracterizan por emplear un gran número de personas graduadas en la universidad, un número que va en aumento simplemente porque muchos países europeos envían a la universidad al 40% de las personas en ese grupo de edad. Como consecuencia, muchos trabajos que tradicionalmente realizaban personas no graduadas ahora los están realizando personas trabajadoras con una titulación: por ejemplo, en el año 2007 en Reino Unido, el 49 % por ciento de las personas recién graduadas y el 37% de las que se habían graduado hace más de cinco años realizaban trabajos para los que no era necesaria ninguna titulación (Departamento Nacional de Estadística de Reino Unido, 2017).

El empleo de los sectores del futuro tendría que aumentar a un ritmo espectacular durante un largo periodo de tiempo para poder cumplir los sueños y expectativas de los/as representantes políticos de cada país. Incluso con un crecimiento sostenible, es muy poco probable que todos o muchos de los países de la Unión Europea puedan triunfar en el ámbito de la competencia internacional. Si muchos gobiernos nacionales tienen como objetivo los mismos sectores, no todos podrán conseguir valor como exportadores de servicios intensivos en conocimiento. Y, una vez más, incluso si existe una expansión sostenida, estos servicios no crearán puestos de trabajo para quienes terminan el colegio y no van a la universidad, ni crearán puestos de trabajo para quienes viven en las zonas donde se establecen dichos servicios. Por otra parte, el halo que envuelve a los servicios intensivos en conocimiento hace que todos los países europeos se lancen en una carrera para atraerlos a su territorio utilizando incentivos y haciendo concesiones. De esta forma, se producen numerosas distorsiones, como sucede con la carrera por conseguir los impuestos más bajos

---

<sup>10</sup> <http://ec.europa.eu/eurostat/web/science-technology-innovation/data/database>

que han comenzado países como Irlanda. Estas actividades, por lo tanto, se ubican allí donde los impuestos son más bajos y en realidad contribuyen muy poco a la financiación de los servicios públicos de los que puede disfrutar toda la ciudadanía.

En resumen, la preocupación por los servicios intensivos en conocimiento y la alta tecnología muestra que para los/as representantes políticos, la economía es como un iceberg: ven una pequeña parte fascinante relacionada con la alta tecnología, mientras que la mayor parte, y la más importante, está por debajo de la superficie y no se puede ver. La forma más sencilla para demostrarlo y fomentar el debate sobre cuestiones intelectuales y políticas relacionadas con este tema es calcular el número de personas empleadas en hospitales y universidades, y pensar en cómo convertir estas instituciones en el motor de desarrollo urbano de una región (Bartik y Erickcek, 2008).

Si dejamos a un lado la educación y nos centramos únicamente en el sector de la salud y la asistencia, podemos ver claramente la relación entre su aportación a la economía y los beneficios sociales que suponen para la sociedad. En los 28 países de la Unión Europea, los sectores «sanitario y del trabajo social» emplean conjuntamente a un 10,9% de la mano de obra, con valores que van desde el 6,5% de Hungría al 14,6% de Francia. Además, esconden dos aspectos clave desde el punto de vista social. En primer lugar, estos sectores requieren personal con diferentes habilidades: los hospitales necesitan especialistas de muchos tipos, como paramédicos/as, enfermeros/as, médicos/as, técnicos/as, farmacéuticos/as, radiólogos/as, etc.; mientras que en el ámbito de la asistencia para mayores los trabajos son importantes y conllevan una gran responsabilidad, incluso para quienes no están altamente cualificados. A menudo, estos asistentes no han recibido la formación adecuada y no reciben el salario que merecen, ya que nuestra sociedad no tiene en cuenta la relación entre la utilidad social, la formación y la remuneración. En segundo lugar, el sector de la salud y la asistencia es importante porque ofrece servicios esenciales relacionados con los derechos de la ciudadanía de la Unión Europea. Si se produce un fallo en un servicio sanitario, en seguida estalla una enorme crisis relacionada con el bienestar. Estas crisis son más difíciles y peligrosas de gestionar que cualquier problema que surja por el fallo, por ejemplo, de los servicios jurídicos civiles.

No obstante, la clase política y sus representantes políticos europeos no consideran que la salud y la asistencia sean actividades productivas para la economía. En cambio, las políticas sociales sí que incluyen a la salud y la educación (públicas) y definen la disponibilidad y la calidad de los servicios. De esta forma, el Ministerio de Economía o Finanzas solo se preocupará por financiar estos servicios mediante los impuestos. Esta compartimentalización de las actividades forma parte de la nueva fisiocracia. Los primeros fisiócratas fueron los economistas franceses del siglo XVIII que creían que la riqueza provenía de la tierra y que el único sector que podía conseguir un excedente de producción era el agrícola, de forma que

tanto la industria como el comercio eran vistos como sectores improductivos y que además, consumían todos los excedentes. Los nuevos fisiócratas son los/as representantes políticos europeos del siglo XXI que defienden que el sector privado y las actividades mercantiles son los sectores que crean riqueza, mientras que la sanidad, la asistencia médica y otros servicios públicos son los sectores que consumen los excedentes. Habitualmente, el argumento oficial es que el crecimiento del PIB es la respuesta a este problema y que las actividades como la salud y la asistencia solo se pueden financiar de forma indirecta (y proteger el resto de actividades) si se incrementan los ingresos mercantiles gracias al éxito competitivo conseguido con productos comercializables en los mercados internacionales. Por ejemplo, el ministro británico de Sanidad de centroderecha, Jeremy Hunt, explica cómo una rebaja fiscal puede ser en realidad beneficiosa para el sistema sanitario británico (NHS, por sus siglas en inglés), que él considera que está fuera de «la economía»:

«Hemos bajado el impuesto de sociedades para favorecer la creación de empleo y reforzar la economía y, de esta forma, poder financiar el NHS. El motivo por el cual hemos sido capaces de proteger y ampliar el NHS durante los últimos seis años ha sido precisamente el hecho de haber creado dos millones de puestos de trabajo y haber conseguido ser la potencia del G7 que ha experimentado un crecimiento económico más rápido»<sup>11</sup>.

La idea de que el sector de la salud, la asistencia médica y otros servicios públicos europeos son los que consumen los excedentes y no son productivos puede ser razonablemente cierta y, a la vez, sustancialmente engañosa. Puede ser razonablemente cierta porque son los sectores que están financiados por los impuestos, mientras que puede ser sustancialmente engañosa porque la frontera entre la producción y el consumo de los ingresos fiscales puede ser modificada a voluntad del poder legislativo, pudiendo pasar actividades del sector público al privado a través de la privatización y la nacionalización. Vivimos en un mundo en el que los impuestos que pagan las compañías de telefonía móvil y otras corporaciones del sector privado pagan los salarios de los médicos. Pero el mundo se pondría patas arriba si el Estado nacionalizara las compañías de telefonía móvil y privatizara el sector sanitario para que los impuestos pagados por los hospitales pagaran los salarios del personal del *call centre* de la compañía de telefonía móvil (Hardford, 2011). Esta situación es verdaderamente un reto y por eso hay que pensar si la futura privatización del transporte ferroviario en España supondrá un incremento inmediato de la riqueza o del bienestar nacional. Sería más sensato pensar

---

<sup>11</sup> <http://hansard.parliament.uk/Commons/2017-01-11/debates/2A2F4EA1-3973-49A0-8809-3B00B7756994/NHSAndSocialCareFunding#contribution-5DAE2BDC-7CCD-4DE7-BDCD-8788EA87F065>

que «la economía» no es un sistema de creación de riqueza liderado por el sector privado, sino un sistema en el que circulan los ingresos que deberían promover el bienestar.

### **El reconocimiento de la multidimensionalidad: la idea de la economía fundamental**

Teniendo en cuenta todo lo que acabamos de ver, el problema que se nos planteaba era cómo reestructurar la economía y centrar la atención en esa gran parte de la misma que se invisibiliza o semi-invisibiliza en las políticas económicas oficiales. Dado que proveníamos de un contexto de investigación lleno de recursos desde el punto de vista empírico y minimalista desde el punto de vista de la abstracción conceptual, no quisimos optar por la teorización de la economía política, sino por la de la historia económica y social de Fernand Braudel.

Hace cuarenta años, Braudel tuvo que enfrentarse a un problema similar: cómo poner en tela de juicio a los historiadores que querían reescribir la historia de la economía de la primera etapa de la edad moderna como si la historia del crecimiento del PIB y la dinámica del mercado fueran los elementos que hubieran propiciado la industrialización y el imperialismo occidentales.

En el primer volumen de *Civilización material, economía y capitalismo* (1981), Braudel describía las «estructuras de la vida cotidiana» y afirmaba que desde el siglo XV hasta el siglo XVIII existieron dos zonas económicas adicionales, una por encima del mercado y otra por debajo. La mayor parte de la población vivía en una *infraeconomía* de «vida material» bastante diferente, mundana y lenta, organizada en torno a la producción y al consumo inmediato en lugar de alrededor del intercambio. Asimismo, por encima del mercado existía una *supraeconomía* controlada por unos cuantos comerciantes e inversores que se dedicaban al comercio de larga distancia y a la especulación (1981, p.23). El esquema de Braudel se divide en tres niveles y es aplicable a la primera etapa de la era moderna, pero su estrategia de identificar una multiplicidad y una diversidad de capas en la economía sigue siendo válida actualmente.

En 2013, propusimos la idea de una «economía fundamental» que era capaz de producir bienes y servicios esenciales para el bienestar, como la vivienda, la educación, el cuidado infantil, la asistencia sanitaria y los suministros energéticos (Bentham et ál. 2013). El ámbito de la economía fundamental estaba delimitado por tres criterios: esos bienes y servicios eran necesarios para la vida cotidiana, toda la ciudadanía los consumía a diario independientemente de su nivel de ingresos y estaban distribuidos en función de la población a través de filiales y redes. Eran bienes y servicios que en parte estaban fuera

del mercado y normalmente protegidos y distribuidos, de una u otra forma, por la vía política.

Por aquel entonces, en lugar de preocuparnos la economía fascinante de los servicios intensivos en conocimiento y los productos comercializables de alta tecnología, nos preocupaba una economía cotidiana que era ignorada y no era objeto de políticas excepto en la medida en que los Estados con problemas económicos privatizaron y externalizaron determinadas actividades para conseguir ingresos a corto plazo. El concepto original fue lo suficientemente claro como para conseguir cambiar el campo de lo visible. Desde entonces, se ha ido puliendo para identificar la heterogeneidad de los bienes y servicios incluidos en esta economía fundamental y poder discernir así entre actividades materiales y actividades básicas, en lugar de mezclarlas. Con ello se consigue una economía fundamental con muchos ámbitos diferentes, todos ellos importantes de diversas maneras.

El primer ámbito que encontramos es la *economía fundamental material*, que se denomina así por un motivo obvio: consiste, tradicionalmente, en cables y tuberías, redes y filiales que conectan continuamente los hogares con los bienes y servicios cotidianos esenciales, como el agua, la electricidad, la banca comercial y la alimentación. Si se produce una interrupción de un suministro de este ámbito, estalla una crisis inmediatamente. Otro aspecto crucial del ámbito material es que genera una corriente de ingresos desde los hogares, lo cual ha supuesto que en las últimas décadas se haya convertido en una atractiva opción política tanto el suministro por entidades privadas como la privatización del suministro estatal.

Hasta aproximadamente el último cuarto del siglo XIX, en casi todas las que hoy consideramos como democracias capitalistas avanzadas, prácticamente todo el mundo trabajaba en economías que exigían un esfuerzo físico enorme, vivían en circunstancias domésticas en las que las tareas cotidianas como cocinar y fregar implicaban arduos trabajos interminables y morían, de media, poco después de cumplir los cuarenta (Deaton, 2014, p.83). A partir de 1880, la economía fundamental material transformó las condiciones físicas y la productividad del trabajo remunerado, así como las condiciones cotidianas de la vida doméstica, tal y como ha documentado Robert Gordon tan claramente en su informe sobre el auge del «hogar conectado» (Gordon, 2016). Cuando, además de esta situación, se produjo un cambio revolucionario en la forma de concebir la salud pública y la medicina clínica, también se consiguió transformar la salud y aumentar la longevidad de poblaciones enteras.

Algunos ejemplos de esa transformación, como los depósitos que proporcionan agua a nuestras magníficas ciudades, eran visibles desde el espacio, pero la mayoría consistía en redes de tuberías y de cables invisibles que se extendían por el subsuelo. Con las tecnologías digitales, en la medida en que las señales

móviles están sustituyendo a los cables de cobre o fibra que hay dentro y fuera de los hogares, una parte de este sistema está desapareciendo. Estos cambios se unieron a otra serie de cambios de las condiciones materiales: el ferrocarril y los barcos de vapor permitieron la creación de cadenas de suministro de alimentos más largas y complejas. Por primera vez en la historia, estas cadenas liberaron a la población de los países con rentas altas de la presión en el ámbito local y regional que suponía una mala cosecha y unos precios elevados. Se creó entonces un enorme sector de suministro alimentario: actualmente, 29 supermercados se encuentran entre las 100 primeras cadenas de todo el mundo en función de sus ingresos. Además, Walmart, Carrefour y Tesco se encuentran entre las cinco mayores cadenas minoristas de todo el mundo<sup>12</sup>.

El segundo ámbito, la *economía fundamental providencial*, se denomina así porque convirtió al Estado en la fuente de la fortuna providencial, principalmente a través de actividades de bienestar del sector público que proporcionan servicios universales, como la sanidad y la educación, y una transferencia de ingresos a los que podía acceder toda la ciudadanía. Aunque en algunos países estos servicios se tiendan a externalizar, aún dependen en gran medida de la financiación pública, ya que habitualmente son gratuitos o dependen del nivel de recursos de la persona usuaria.

La economía fundamental providencial fue, en gran medida, el resultado de la intervención del Estado que tuvo lugar en muchos países a partir de 1870 y que se extendió durante todo un siglo. Todo comenzó con las innovaciones introducidas por la política social de Bismark en Alemania. Los Estados otorgaron el derecho a ingresos y servicios como seguro de desempleo, educación primaria gratuita, pensiones para la tercera edad, sistema sanitario gratuito, etc. Durante las tres décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los Estados de Europa Occidental ampliaron y completaron este proyecto creando una serie de bienes y servicios *providenciales* paralelos para apoyar a la economía fundamental material. Esta infraestructura, más social, es lo que se entiende habitualmente como estado de bienestar.

La combinación de los bienes y servicios de ambas categorías, provistos tanto por las infraestructuras materiales como por las providenciales, tiene un doble significado, ya que ambas han creado una economía fundamental y están estrechamente relacionadas con los derechos de la ciudadanía en los Estados modernos. Históricamente, los servicios providenciales han estado relacionados con la idea de ciudadanía desde un punto de vista social pero, en la práctica, el acceso a los suministros básicos como la energía

---

<sup>12</sup> Véase: <https://www.thebalance.com/largest-retail-grocery-stores-3862931>

y el agua potable en los hogares también se consideran derechos básicos de la ciudadanía. Pensemos ahora en la familia imaginaria con cuya rutina diaria comenzábamos este capítulo. Los once servicios fundamentales que habíamos identificado, desde el agua potable hasta la educación primaria gratuita, son derechos, independientemente de los ingresos, el trabajo o el estatus de cada ciudadano/a. Sabemos que en la práctica, la calidad de los servicios a menudo puede diferir en función de distintos factores, pero en nuestra sociedad se presupone que todo el mundo puede reclamar estos derechos básicos. Por lo tanto, la economía fundamental adquiere una importancia moral, ya que los bienes y servicios, tanto providenciales como materiales, son los responsables de nuestra noción de cuáles son las necesidades humanas básicas que deben estar cubiertas para garantizar una calidad de vida adecuada.

A continuación, exponemos tres buenas razones para hablar de economía fundamental y de sus elementos:

- Los bienes y servicios fundamentales son esenciales para el bienestar de las personas usuarias, ya que un acceso limitado a los bienes y servicios materiales y providenciales dificulta la vida y limita las posibilidades de la ciudadanía. Se trata de un aspecto que hemos perdido un poco de vista debido a nuestra preocupación por medir la pobreza según los ingresos. Para gran parte de la ciudadanía, lo verdaderamente importante para su bienestar será el precio y el acceso a la vivienda, el precio del combustible y el acceso a servicios de especialistas como la salud mental. En muchos casos, lo sensato sería que cualquier política partiera de un inventario de bienes y servicios fundamentales y que se consultara a la ciudadanía acerca de sus necesidades y deseos.
- Los bienes y servicios fundamentales tienen por lo general un carácter social, dado que son estructuras de filiales y redes (además de las valoraciones de los subsidios y de la recuperación del coste) que determinan habitualmente las posibilidades de consumo de cada hogar. Un/a ciudadano/a puede comprar un *smartphone*, pero que pueda utilizarlo o no dependerá de si hay cobertura 4G en la zona donde reside. Habitualmente son los supermercados o los servicios sanitarios quienes toman decisiones acerca de la provisión de estos bienes y servicios teniendo en cuenta la demanda en función de la población y las personas usuarias. Utilizan normas basadas en unos mínimos de provisión y subvenciones cruzadas que pueden variar considerablemente.
- La producción de bienes y servicios fundamentales da empleo a un gran número de personas trabajadoras en actividades que habitualmente están protegidas de la competencia internacional, de forma que, por ejemplo, las condiciones laborales se pueden definir de manera local. Esto es así en todas las regiones de los países con rentas altas, tal y como se demuestra



en los siguientes gráficos, donde hemos realizado una comparación de los datos nacionales entre Alemania, Reino Unido e Italia, así como una comparación de los datos locales entre Londres y Liverpool en su calidad de ciudad cosmopolita próspera la primera y de puerto desindustrializado la segunda.

Los datos sobre empleo en actividades fundamentales no son muy precisos. Generalmente, el problema consiste en que la economía fundamental solo se puede medir a través de las estadísticas oficiales. Estas estadísticas están divididas en determinadas categorías y tienen un objetivo totalmente diferente al nuestro, por lo que solo se corresponden en parte con las diferenciaciones que queremos hacer. En el caso del empleo, por ejemplo, la clasificación hace en parte referencia a actividades como la farmacia, en la que la demanda es por un lado social y fundamental en lo que respecta a los medicamentos prescritos y, por otro lado, individual y está relacionada con el estilo de vida en lo que respecta a los cosméticos. Por lo tanto, es necesario hacer una valoración a la hora de asignar a las personas empleadas en una determinada actividad a la economía fundamental. En el apéndice se enumeran, de manera razonada, algunas de nuestras principales modalidades de clasificación. Existe más información sobre las principales categorías de empleo, de acuerdo con los sistemas NACE y SIC<sup>13</sup>, en la correspondiente sección del sitio web [foundationaleconomy.com](http://foundationaleconomy.com)<sup>14</sup>.

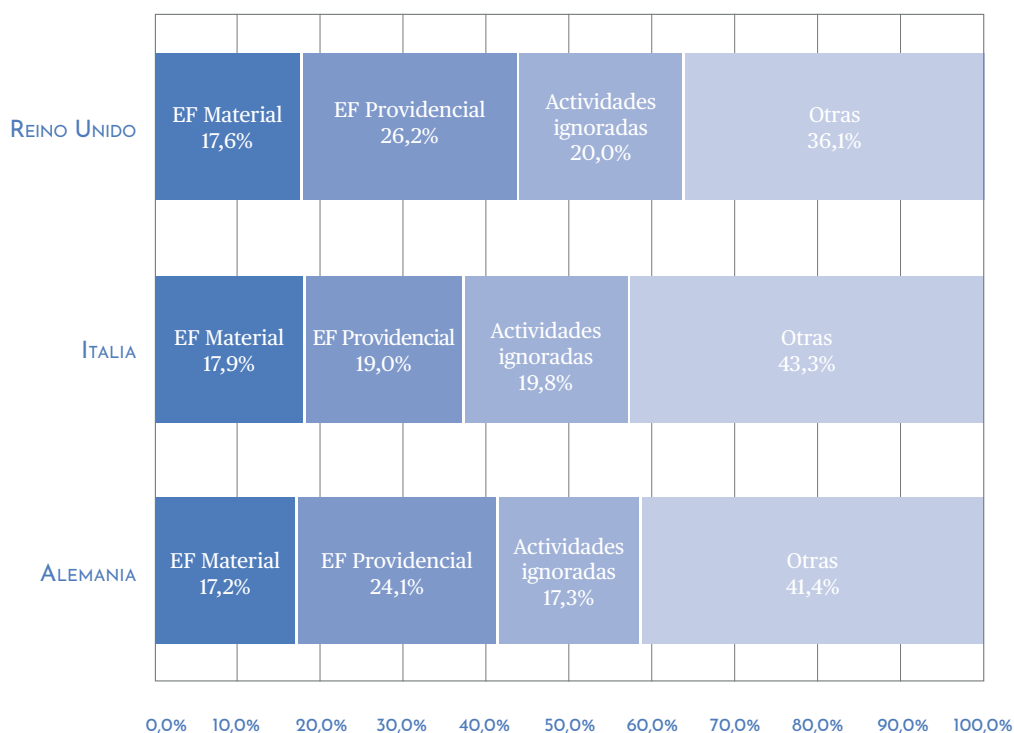
Cuando se introducen estas clasificaciones, las estadísticas de empleo sí que muestran el peso y la importancia de las actividades de la economía fundamental. En todos los países con rentas altas, los bienes y servicios materiales y providenciales suman más de una tercera parte y menos de la mitad del empleo. El gráfico 1 contiene comparaciones nacionales del porcentaje de empleo relacionado con los bienes y servicios materiales y providenciales. En Alemania, por ejemplo, equivalen a un 41,3% del empleo, en Reino Unido, un 43,8% y, en Italia, un 36,9%. En estos tres países, las actividades relacionadas con los bienes y servicios materiales equivalen a un poco más del 17% del empleo total. Esta cifra varía cuando se trata de las actividades relacionadas con los bienes y servicios providenciales, donde el 19% registrado en Italia es considerablemente inferior al 26,2% de Reino Unido. (Los siguientes gráficos también incluyen datos sobre la «economía ignorada» de la que hablaremos un poco más adelante).

---

13 NACE (del francés *nomenclature statistique des activités économiques dans la Communauté européenne*) es el sistema de la Unión Europea para la clasificación de las actividades industriales y económicas; SIC (por sus siglas en inglés) es la clasificación estándar de la industria que se utiliza en Reino Unido.

14 [foundationaleconomy.com](http://foundationaleconomy.com) es un sitio web que contiene investigaciones académicas, informes de interés público y otros documentos, que se mantiene con la ayuda de los autores de este libro, así como de un grupo más amplio de investigadores/as internacionales.

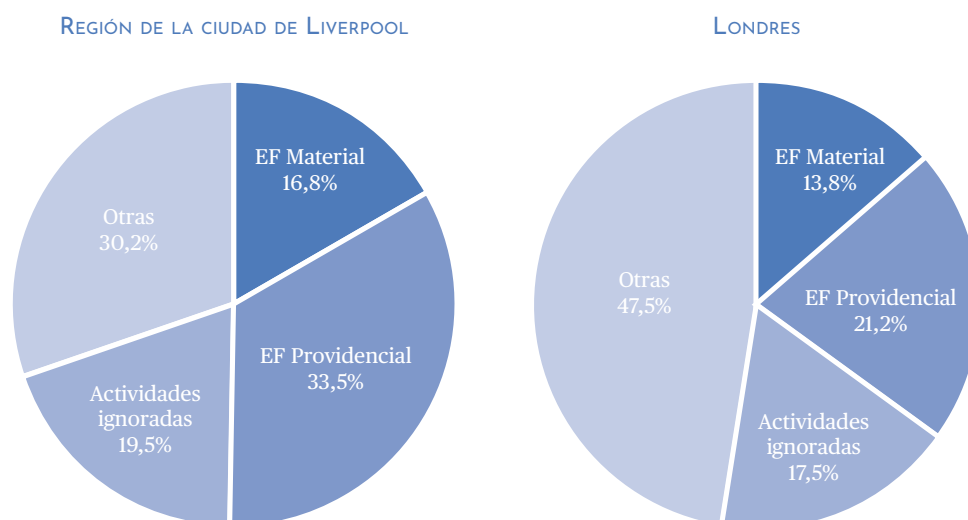
**Gráfico 1** / Empleo en la economía fundamental (EF)<sup>15</sup> en Alemania, Italia y Reino Unido en 2016/17<sup>16</sup>



Dentro de cada país también se dan variaciones internas. Las ciudades y las regiones prósperas en cuanto a comercio internacional y a la especialización de la producción habitualmente tienen porcentajes considerablemente inferiores en cuanto a empleo relacionado con bienes y servicios materiales y providenciales que las zonas desindustrializadas o agrícolas, donde la población ocupada en sectores de la economía fundamental es esencial para el sustento de la región. En Reino Unido, Londres, la región más próspera del país, tiene el porcentaje más bajo en relación con los bienes y servicios materiales y providenciales con un 35%, mientras que el resto de regiones supera el 40% y las regiones periféricas desindustrializadas como el Noreste de Inglaterra tienen el porcentaje más alto, alcanzando aproximadamente el 50%. Estas diferencias se deben claramente a la presencia de muchas otras fuentes de empleo en Londres y a la pérdida de trabajos del sector de la producción y de la industria pesada en áreas como el Noreste, que dependen más de los trabajos de la economía fundamental. En el gráfico 2 se puede observar una comparación entre Londres y la región de la ciudad de Liverpool, donde casi el 50% de la población trabaja en sectores relacionados con los bienes y servicios materiales y providenciales.

<sup>15</sup> Nota: véase el Apéndice al final del presente artículo para más información sobre las actividades clasificadas como materiales, providenciales o «ignoradas».

<sup>16</sup> Fuentes: Bundesagentur für Arbeit, ISTAT y ONS.

**Gráficos 2a y 2b** / Empleo<sup>17</sup> en la región de Liverpool y Londres en 2016<sup>18</sup>

La diferencia entre el empleo del ámbito providencial y el material y la distribución de las actividades en la economía fundamental vuelven a ser sorprendentes. Si nos fijamos en el caso británico, por cada tres personas trabajadoras del ámbito providencial existen dos en el material en todo el país. Esta proporción es bastante constante, salvo en el caso de Londres. No obstante, la distribución de las actividades del empleo fundamental es más interesante. La mitad del empleo del ámbito material la conforman actividades que ofrecen servicios directamente a los hogares conectados: la venta de alimentos y bebidas suma un 25% del empleo en el ámbito material, mientras que los suministros mediante tuberías y cables y el transporte suman otro 25%. El empleo del ámbito providencial está dominado por la educación, la medicina y la asistencia: la educación obligatoria junto con la superior suman cerca del 30% de la mano de obra del ámbito providencial, la asistencia sanitaria primaria y secundaria, un poco más del 30% y el sector de la asistencia otro 20%.

Es importante recalcar que las fronteras de la economía fundamental no son exactas porque son borrosas desde el punto de vista económico y son controvertidas desde el punto de vista político. Para ilustrar esta idea, observaremos lo que sucede con el tema de la vivienda. Es de sentido común que la vivienda se considere un bien fundamental, ya que cada familia necesita un techo para vivir a un precio asequible (ya sea en alquiler o en propiedad). Pero la visibilidad económica de esta necesidad

<sup>17</sup> Véase el Apéndice a final del presente artículo para más información sobre la clasificación del ámbito material y providencial de la economía fundamental (EF) y las actividades ignoradas.

<sup>18</sup> Fuente: ONS

depende de la forma en que se calcule la economía fundamental. Asimismo, el reconocimiento político de la necesidad de una vivienda depende de la lucha política. A continuación, hablaremos de ese cálculo y de los problemas políticos.

En los anteriores ejemplos, la economía fundamental se calculaba en términos de empleo, y el sector de la vivienda no aparecía como un sector importante ya que la mayoría de nosotros vive en una casa ya construida que solo necesita algún trabajo de mantenimiento de forma ocasional. Sin embargo, la economía fundamental también se puede calcular teniendo en cuenta los gastos de un hogar, tal y como revelan las encuestas nacionales sobre hogares. En el gráfico 3 se pueden consultar los datos sobre el gasto medio semanal de los hogares en la Europa de los 28 en 2016. Una vez más, las categorías de la encuesta no encajan exactamente con la finalidad del análisis sobre economía fundamental. Pero puede resultar muy enriquecedor comparar los costes reales de vivienda (alquiler y/o hipoteca) con el gasto familiar total en aquellos aspectos que hemos identificado como esenciales, además de la movilidad. Sobre esta base elemental, los costes reales de vivienda de 109,50 € semanales representan el 42% del gasto esencial y el 33% si le añadimos la movilidad. También resulta igualmente interesante que los gastos que hemos clasificado como «esenciales» y «movilidad» representan no menos del 47% del gasto semanal total.

**Gráfico 3** / Gasto medio semanal de los hogares en la Europa de los 28 en 2015<sup>19</sup>

	Gasto semanal de los hogares en la Europa de los 28
Alimentación y bebidas no alcohólicas	86,98 €
Gastos reales de alquiler e hipoteca y gastos relacionados	109,50 €
Suministro de agua y servicios varios	17,77 €
Electricidad, gas y otros combustibles	28,38 €
Comunicación	18,13 €
<b>Gasto total en artículos esenciales</b>	<b>260,77 €</b>
Servicios de transporte (tren, autobús, etc., exceptuando viajes en avión)	27,96 €
Operaciones de transporte personal	44,81 €
<b>Gasto total en movilidad</b>	<b>72,77 €</b>
<b>Gasto total en artículos esenciales y movilidad</b>	<b>333,54 €</b>
<b>Gasto total</b>	<b>711,27 €</b>
% del gasto total imputable al gasto en artículos esenciales y gasto en movilidad	46,9%
Número de hogares (millones)	219,9

<sup>19</sup> Fuente: Eurostat [http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Household\\_consumption\\_by\\_purpose](http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Household_consumption_by_purpose)

Las familias de todo el mundo tienen que gastar dinero en alquilar o comprar una vivienda, sin embargo, el reconocimiento de la vivienda como una necesidad fundamental depende de la lucha política, cuyo resultado no siempre es el mismo. En algunos países con rentas altas, nunca se ha reconocido la vivienda como una necesidad social. En otros, se ha comenzado a tratar como un bien familiar y fuente de riqueza individual. En un extremo, tenemos el caso de Viena, donde el 42% de las viviendas son vivienda social (siendo Viena propietaria del 25% y las organizaciones sin ánimo de lucro del otro 17%); en Australia, la cifra es del 5% (el 4% de vivienda pública y el 1% de viviendas de la comunidad)<sup>20</sup>. En un mismo Estado pueden existir ventas inmobiliarias a gran escala y la conversión de vivienda social en bien privado, tal y como ha sucedido en Reino Unido, donde desde 1980 el «derecho a comprar» ha sustraído 1,8 millones de casas catalogadas como vivienda social y no se han sustituido con vivienda de nueva construcción<sup>21</sup>. Estos ejemplos demuestran que, mientras que la economía fundamental puede parecer un elemento no reconocido del orden natural de las cosas, acceder a estos bienes y servicios (en términos de volumen, calidad y modo de acceso) es, en algunos casos, el resultado de largas luchas políticas.

Los ámbitos de la economía fundamental que nos ocupan en este libro son el material y el providencial, pero existe otro tipo de economía más allá de las fronteras de la economía fundamental: una «economía ignorada», en la que se producen y distribuyen bienes y servicios «accesorios» que respaldan el estilo de vida y la comodidad cotidiana. Estos bienes y servicios se compran principalmente con los ingresos familiares, pero provienen de unas expectativas culturales consolidadas. En Europa, todos esperamos poder ir a la peluquería o comprar un sofá para el salón. Denominamos a este tipo de bienes y servicios «economía ignorada» porque los/as representantes políticos y los medios de comunicación se suelen centrar en otras actividades que llaman más la atención. En Gales, unas 3.000 personas trabajan en la fabricación de sofás para las principales cadenas minoristas. En la planta de Port Talbot, de Tata-Thyssen Krupp, un número similar de personas trabaja en la fabricación de acero. Sin embargo, las personas trabajadoras que se dedican a fabricar sofás son completamente invisibles, mientras que hasta el más mínimo detalle de lo que sucede en la fábrica de acero atrae la atención de los ministros de Londres, que están en contacto directo con los propietarios de dichas empresas.

Esta falta de atención no está justificada en absoluto. Todo el mundo necesita ropa, muebles como camas y sofás, calefacción central o aire acondicionado, servicios de mantenimiento de la vivienda, cuidados físicos (incluida la peluquería),

---

20 Fuente: Martin et ál. (2016).

21 Más información sobre Reino Unido en el sitio web de Shelter: [http://england.shelter.org.uk/campaigns/why\\_we\\_campaign/housing\\_facts\\_and\\_figures/subsection?section=housing\\_supply#hf5](http://england.shelter.org.uk/campaigns/why_we_campaign/housing_facts_and_figures/subsection?section=housing_supply#hf5); o <http://www.historyandpolicy.org/policy-papers/papers/the-right-to-buy-history-and-prospect>

alimentos para mascotas y servicios veterinarios, ocio, turismo y hostelería y, en último lugar y aunque nadie quiera, un funeral. Si bien es cierto que los cortes de pelo y los sofás no tienen nada que ver con las conexiones de red y no se pueden incluir en las categorías de bienes materiales o providenciales, son importantes. Imaginemos que nuestra familia imaginaria con la que comenzamos el capítulo no pudiera ir nunca a la peluquería, no pudiera permitirse un sofá para el salón, no pudiera tener vacaciones y que, al final de sus vidas, no pudiera permitirse un funeral digno. En todas las democracias capitalistas avanzadas hay personas pobres hasta ese punto, pero sus condiciones son una clara violación de las normas culturales de dichas sociedades.

Gracias a este análisis de los ámbitos de la economía fundamental y de la economía ignorada, hemos comprobado que las fronteras entre ambas no son inamovibles, ya que, con el paso del tiempo, un bien o servicio de una categoría puede pasar a otra. Tan solo con el paso de una o dos generaciones es posible que un bien considerado de lujo pase a ser una necesidad: a lo largo de los últimos 50 años la calefacción central en el Norte de Europa o el aire acondicionado en Australia han pasado de ser lujos a ser necesidades domésticas. De una manera más sutil, los lujos a veces se pueden convertir en derechos de la ciudadanía, como ha ocurrido con la asistencia para mayores. Hace cien años, cuando las clases medias se valoraban en función del número de personas que tenían empleadas en el ámbito doméstico, podían «comprar cuidados» de muy diferentes formas: desde personas de compañía hasta sirvientes. Actualmente, la ciudadanía de muchas ciudades europeas sabe que puede llamar a los servicios sociales y solicitar ayuda, un servicio gratuito para los grupos con los ingresos más bajos.

La naturaleza de estos últimos ejemplos, históricamente conflictiva, nos revela una importante característica de la economía fundamental. Al darle visibilidad a la economía fundamental, no estamos descubriendo nada, sino que estamos sentando las bases de una estructura con un objetivo sociopolítico. La economía fundamental cambia la visibilidad de bienes y servicios cuando hablamos de vida económica. Le da mayor visibilidad a muchos bienes y servicios que son fundamentales para nuestras vidas, pero en los que pensamos muy poco en nuestro día a día. Además, tiene la virtud de suavizar la manía de realizar grandes proyectos y la obsesión de los/as representantes políticos por el sector de la alta tecnología y las certificaciones académicas. Asimismo, restituye el valor de las competencias tácitas no reconocidas de gran parte de la ciudadanía, como el de las personas que trabajan cuidando a otras personas.

Anteriormente ya hemos descrito la economía fundamental como algo cotidiano en varias ocasiones. Sin embargo, un mundo superficial y ostentoso como en el que vivimos no responde de manera positiva ante el uso de adjetivos como cotidiano o humilde, y, por el contrario, estos adjetivos pueden llegar a producir la impresión errónea de que la economía fundamental está relacionada con el

mundo de la baja tecnología. Una parte de la economía digital está relacionada con la alta tecnología: la producción y la distribución de electricidad han estado a la cabeza de la innovación durante más de 100 años. Y muchos aspectos cotidianos incluyen tecnología: el sector del procesamiento de alimentos es probablemente el mayor comprador de maquinaria en las economías avanzadas; o la venta al por menor de alimentos, un sector en el que las cadenas de supermercados han sido las primeras en utilizar modernos sistemas electrónicos de pago y en utilizar datos masivos, además de crear una logística muy sofisticada para sus cadenas de suministro.

Sin embargo, no nos gustaría alabar demasiado a la economía fundamental por su relación con la alta tecnología, ya que la idea de «fundamental» representa un cambio esencial en la forma en que percibimos la tecnología. La mayoría de los debates relacionados con la tecnología se deben al aspecto innovador que se quiere utilizar para crear un sector. Así, los/as representantes políticos de Europa están obsesionados por conseguir que la innovación logre crear sectores competitivos a escala internacional, mientras que quienes construyeron las plataformas digitales en Silicon Valley se preocupan más por monetizarla.

En el lado opuesto, el pensamiento defensor de la economía fundamental se inclina por la perspectiva del consumidor final de la tecnología propuesta por Edgerton (2008). En este contexto, se presenta la oportunidad de que aquellas personas usuarias que saben manipular lo nuevo y lo viejo integren las nuevas tecnologías en las actividades sociales, como en el sector de la asistencia para mayores.

La economía fundamental es un constructo social y, como tal, siempre está en el punto de mira de los debates políticos. Esto sucede principalmente en el ámbito providencial, ya que el reconocimiento por parte del Estado de lo que es o no una necesidad social es muy variable. Desde un punto de vista más amplio, el suministro de los bienes y servicios fundamentales (y la subyacente financiación del Estado) es un premio muy valioso que seguirá entrando en conflicto con poderosos intereses. En el transcurso de la última generación, la forma en la que el ámbito material y el providencial están organizados ha cambiado. Las coaliciones políticas que habían logrado que los bienes y servicios del ámbito providencial fueran considerados como una serie de derechos de la ciudadanía han sido marginadas por los defensores de las ideologías de mercado. De esta forma, se ha dado paso a los intereses empresariales, que buscan conseguir porcentajes de beneficio del capital de dos cifras. Las estructuras organizativas de áreas completas del ámbito material (como los suministros básicos públicos) han sufrido cambios debido a la gestión privada y a las propiedades dominadas por fondos de inversión que solo buscan obtener beneficios. En resumen, la economía fundamental tiene una historia sociopolítica de la que hablaremos en el próximo apartado.

## Breve historia de la economía fundamental

La economía fundamental, tal y como hemos descrito en el apartado anterior, es la amplia infraestructura social de una vida segura y civilizada. Las teorías económicas convencionales han limitado mucho nuestra concepción de infraestructura. Para este tipo de teorías, la infraestructura es lo que hace que funcione el mercado laboral o la economía: de ahí la preocupación por el transporte hasta el lugar de trabajo y por sistemas como internet de banda ancha para las empresas. Para las teorías que defienden la economía fundamental, la preocupación reside en la diversidad de uso y la amplitud de dichos sistemas: por ejemplo, los sistemas de transporte conllevan movilidad, tanto con fines sociales como para llevar a las personas a sus puestos de trabajo. Asimismo, también nos interesa una gama mucho más amplia de sistemas, incluidos, por ejemplo, la asistencia en el hogar y las ayudas económicas. En estos casos hablamos de una infraestructura que consigue que la vida cotidiana funcione, al igual que sucede con el tranvía. Tras estos sistemas basados en infraestructuras se esconden tanto la innovación sociotecnológica (tuberías, cables y sistemas de cotización) como los logros políticos que en la década de 1880 o la de 1940 dependían de alianzas entre las fuerzas políticas que pudieran reunir la fuerza necesaria para superar intereses opuestos y la resistencia al gasto en servicios básicos.

Esta dimensión sociotecnológica consistía, en gran parte, en innovación e inversión realizadas de una sola vez por todas en sistemas que pudieran durar muchas generaciones (con alguna que otra reparación). La presa del lago Vyrnwy (Gales) fue el primer muro de piedra usado para retener los excesos de agua; se terminó de construir en 1888 y (gracias a un sistema nuevo de tuberías) sigue suministrando agua a Liverpool hoy en día. La red nacional inglesa de transmisión de alta tensión, cuya construcción finalizó en 1933, sustituyó a un sistema fragmentado e ineficaz que generaba electricidad localmente. La red seguirá en servicio (con las correspondientes labores de mantenimiento y ampliaciones necesarias) hasta que se creen los sistemas de generación y de almacenaje de nueva generación, con costes de distribución bajos. Pero las alianzas políticas siempre han sido algo coyuntural y (como todos sabemos ahora) reversibles, dado que la economía fundamental no dispone de un mecanismo integrado que pueda consolidar el progreso. La historia de la economía fundamental no es una narración progresista en la que la ciudadanía va adquiriendo derechos y en la que se reconocen cada vez más necesidades.

Por eso, como si de un cómic se tratara, la historia de la economía fundamental se puede dividir en tres viñetas. La primera fase tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX. Fue una fase heroica cuyos principales protagonistas fueron los municipios y durante la cual se realizó la distribución de gas y agua, además de la mejora del transporte público y de la vivienda en algunas ciudades. Este hecho conllevó una importante transformación de la expectativa de vida, la calidad



de vida y la vida cotidiana<sup>22</sup>. El segundo triunfo a escala nacional llegó con los «gloriosos treinta años» que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial en Europa. Se lograron mejoras en el ámbito providencial: ayudas económicas, sanidad y asistencia social gratuitas y muchos otros servicios para toda la población. Pero este logro ocultaba las semillas de su propia destrucción a partir de 1980. En esta nueva situación, un Estado empobrecido podía convertirse en presa de los ingenieros financieros. Todo lo que el Estado había concedido, podía también ser arrebatado. Y en un sistema capitalista cada vez más financiarizado, el ámbito material y el providencial de la economía fundamental eran una fuente atractiva de activos vendibles y de flujos de dinero predecibles.

La distribución de gas y de agua en las ciudades lideró el nuevo orden urbano durante los últimos 25 años del siglo XIX. El suministro de gas llegaba a cualquier parte del municipio porque se podía producir de una forma relativamente fácil a partir de carbón y de manera escalable mediante hornos de coque. Además, se distribuía localmente mediante pequeños tubos, de forma que se pudieron instalar pequeños avances como las farolas de gas para iluminar las calles de las ciudades en la década de 1880. La distribución de agua y la red de alcantarillado en las ciudades fue un tremendo reto de ingeniería civil, ya que el suministro de agua exigía la construcción de grandes depósitos y la gestión de las aguas residuales requería la construcción de cloacas subterráneas a gran escala. Estos dos proyectos se convirtieron en los dos proyectos más importantes y monumentales de este periodo.

Un célebre ejemplo de ello es el trabajo realizado por Eugène Belgrand en el sistema de alcantarillado de París a partir de 1852, o el sistema de alcantarillado con colectores construido a partir de 1859 por Joseph Bazalgette para deshacerse de toda la basura de Londres y depositarla en el estuario del Támesis.

Belgrand era director del departamento de agua y alcantarillado de París, a las órdenes del Barón Haussmann. Bazalgette, por su parte, era el ingeniero jefe del *Metropolitan Board of Works* (la junta metropolitana de obras) de Londres. Los cargos de estas dos personalidades son ejemplos de la segunda característica de esta primera fase de la economía fundamental: eran los municipios los que se encargaban de gestionar estos bienes y servicios. Los municipios más pequeños cambiaban lentamente, como por ejemplo en Prusia, donde en 1895 el 42% de las comunidades urbanas con más de 2.000 habitantes no tenían suministro de agua potable (Evans, 1987, p.146). Pero generalmente la iniciativa era municipal. En el Imperio Alemán de 1909, el 93% de los trabajos relacionados con el suministro de agua y el 65 % de los relacionados con el suministro de gas eran propiedad de los municipios, que eran también quienes los gestionaban (Cohn, 1910, p.62).

---

<sup>22</sup> Por ejemplo, para más información sobre la distribución del agua y la gestión de aguas residuales en las ciudades europeas, véase Jutti y Katko (2005); para más información sobre servicios públicos y sociales en los países europeos, véase Wollmann, H. (2016).

Los ingenieros «técnicos» no eran la única pieza esencial para la creación de una infraestructura fundamental, también eran necesarios ingenieros «financieros» que (en contraposición de los ingenieros financieros actuales) trabajaban con el mismo objetivo social. En Estados Unidos se comenzaron a utilizar los bonos municipales desde principios del siglo XIX, mientras que los municipios europeos preferían confiar en los préstamos bancarios, incluidos los que ofrecían las instituciones especializadas, como el *Credit Communal de Belgique*, fundado en 1860. Asimismo, algunas cajas de ahorro también estaban controladas por los propios municipios, como sucedía en Alemania y Austria. La resistencia política se superó porque el suministro de gas y agua podía generar ingresos procedentes de los hogares que podrían utilizarse para recuperar la inversión y conseguir excedentes. El modelo de socialismo municipal de Birmingham, inventado por el alcalde Joseph Chamberlain a principios de la década de 1870, invertía los beneficios obtenidos del suministro de agua y gas municipal en realizar mejoras en la ciudad.

Tal y como resumió Jane Jacobs (1961, p.489), la gran historia de finales del siglo XIX es la historia de las ciudades, que eran «las víctimas más propicias y desamparadas de la enfermedad, pero terminaron convirtiéndose en grandes conquistadoras de enfermedades». De hecho, el motor del cambio era el miedo a las enfermedades «zimóticas» transmitidas por el agua que mataban a ricos y pobres por igual. Por ejemplo, una epidemia de cólera en 1830 propició la ampliación del sistema de alcantarillado de Viena. La última gran epidemia de cólera en Europa, que tuvo lugar en Hamburgo en 1892, mató a 10.000 personas y fue causada, paradójicamente, por la contaminación del suministro de agua corriente (Evans, 1987). Pero, en aquel momento, ya estaba en marcha una innovación sociotecnológica de otra índole a escala nacional: la Alemania de Bismarck había creado la seguridad social contributiva en 1884 y el sistema de pensiones para la tercera edad en 1889. Tal y como defiende Tilly (1985), el Estado nación siempre ha actuado como un «chantajista» que ofrece seguridad a cambio de ingresos obtenidos mediante impuestos. Sin embargo, la seguridad social permitía al Estado central liberal y colectivista ofrecer tipos de protección activos y positivos ante los riesgos que el propio capitalismo había supuesto para la nueva clase obrera urbana e industrial.

La seguridad social contributiva es una forma de aplicar impuestos a personas que dan empleo y a personas empleadas, con el objetivo de que puedan hacer frente a las interrupciones e inseguridades inevitables del trabajo asalariado en una economía industrial urbana. Los sistemas de seguridad social y de pensiones de Alemania y Francia fueron prototipos en los que se mezclaban ambos tipos de protección, insistían en las contribuciones realizadas por las personas que dan empleo y ofrecían el incentivo de la integración estatal. En Reino Unido, se oponían a un sistema contributivo de pensiones para la tercera edad pero en 1911, y con mucha cautela, fueron los primeros en introducir el subsidio de desempleo en el marco de las grandes reformas liberales promovidas por Lloyd

George y Winston Churchill. A partir de entonces, sin embargo, en el Reino Unido continuaron su propio camino con un sistema de tasa única, al contrario que otros sistemas europeos donde las prestaciones eran graduales y dependían de los ingresos. Gracias al informe Beveridge de 1942 se amplió este sistema dirigido al pago de una prestación mínima de subsistencia.

La seguridad social contributiva y sus prestaciones no son en absoluto una prerrogativa del Estado central a escala nacional. En 1947, el *British National Health Service* (instituto de la seguridad social británico) ofrecía hospitalización gratuita, una prestación que se había introducido por primera vez a escala local en el marco del programa de atención sanitaria universal en dos pequeñas ciudades de Gales, Ebbw Vale y Llanelli, en el periodo de entreguerras (Webster, 2002). Muchos sistemas europeos ofrecieron un papel a los sindicatos en cuanto a la inscripción, y a las organizaciones voluntarias en cuanto al suministro. Pero, a partir de 1945, la seguridad social lideró un proceso de nacionalización de la economía fundamental a escala europea que redujo notablemente el papel de los municipios y amplió el del Estado central.

La nacionalización de la economía fundamental se vio reforzada por los cambios técnicos y las preferencias organizativas en el ámbito material, sobre todo en el sector energético y del transporte, que hasta entonces se habían organizado a escala local y regional. En cuanto a la electricidad, el factor que propició el cambio fue el incremento sustancial del consumo junto con el aumento del uso de la electricidad por los hogares conectados, especialmente en los países más pobres en los que existían programas nacionales de electrificación. En Italia, por ejemplo, la producción de electricidad se multiplicó por diez, alcanzando los 200.000 Gwh entre 1945 y 1985. A medida que el consumo de electricidad aumentaba en todas partes, se crearon centrales eléctricas más grandes que se conectaban a las redes nacionales de acuerdo con las decisiones adoptadas a escala nacional. En Francia, por ejemplo, la primera central nuclear abrió en 1962 y el primer ministro Pierre Mesmer anunció en 1974 que el objetivo era que toda la electricidad de Francia se generara con energía nuclear. El cambio de pasar de un gas para uso urbano producido localmente a importar gas natural mediante gaseoductos en la década de los 70, volvió a alejar la posibilidad de que este servicio se gestionara local o regionalmente.

Igualmente importante fue la preferencia generalizada en Europa durante la década de los 40 por las grandes corporaciones nacionalizadas integradas verticalmente. Se consideraba la forma organizativa más apropiada para los suministros básicos, así como para los sectores públicos de la industria pesada. La organización mediante la coordinación y el control podía garantizar una planificación desde los niveles superiores y permitía repartir las competencias técnicas relacionadas con los diferentes sistemas de suministros básicos nacionales. Era una realidad ideal para la planificación de la posguerra europea de 1945 y que en el caso de Francia se plasmó en una sucesión de planes quinquenales. En los años 50, no

existía en Europa ningún país que no contara con su propio sistema de generación y distribución de electricidad construido y gestionado por el Estado, así como su propia red de ferrocarriles organizada también por el Estado y propiedad del mismo.

Pero el cambio decisivo de este segundo periodo tras la Segunda Guerra Mundial fue la rápida difusión, llegando casi a una cobertura universal, de una amplia gama de servicios relacionados con el bienestar, de forma gratuita o prácticamente gratuita, y que estaban financiados con diferentes tasas e impuestos. Se trataba de servicios diferentes a los relacionados con el suministro de gas y agua, que podían recuperar los costes mediante el establecimiento de tarifas fijas o variables para facturar a los hogares dicho consumo, o mediante los impuestos locales, que además conllevaban la redistribución del coste de acceso de la ciudadanía a la economía fundamental material. El principal atractivo de la seguridad social era que prometía una financiación propia, de forma que los impuestos pagados por la clase obrera joven, sana y trabajadora financiarían las necesidades de las personas desempleadas, enfermas y las personas mayores. Sin embargo, el pago de las pensiones supuso un gasto cada vez mayor cuando se instauró la edad de jubilación a los 65 años y a medida que la esperanza de vida aumentaba, de forma que había que pagar años de manutención a una tercera edad de la que formaban parte cada vez más personas. La ampliación del impuesto sobre la renta a todas las personas trabajadoras a través de sistemas de deducción del salario semanal (como el sistema británico conocido como «*pay as you earn*» creado en los años 40) fue una medida importante y necesaria.

Desde un punto de vista ortodoxo, el problema a largo plazo era si «la economía» podría soportar el exceso de gastos necesario para garantizar los servicios de bienestar gratuitos ofrecidos por un Estado providencial. La transformación sin precedentes de la vida cotidiana que tuvo lugar a partir de 1945 sin duda tuvo un coste; la gran expansión de la economía providencial iba acompañada de una exigencia de capital y de gastos corrientes que se obtuvieron de los ingresos procedentes de los impuestos. A estos servicios hubo que añadir también la subvención de otros servicios públicos, como el ferrocarril, que ofrecían tarifas bajas a las personas usuarias particulares.

Esta situación no fue un problema durante los «gloriosos treinta años» que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando la situación era buena y parecía que se podía gestionar la economía para conseguir un crecimiento y un aumento de la productividad sostenibles. Las políticas económicas con tintes keynesianos, con o sin negociaciones corporativas nacionales, tenían por objetivo conseguir tasas de crecimiento económico históricamente elevadas, así como el pleno empleo. En gran medida, esto se consiguió cuando un sistema «fordista» de producción y consumo industrial mantenía empleada a una gran clase obrera en trabajos con salarios históricamente elevados en el sector industrial. Por aquel entonces, la mayor parte de los grandes países europeos producían internamente las tres cuartas partes, o

incluso más, de sus productos manufacturados y exportaban los excedentes a un mundo agradecido sin temor a la competencia de los salarios bajos.

Sin embargo, se trataba de una fase intrínsecamente precaria del desarrollo global necesaria para la recuperación de la Segunda Guerra Mundial y de la autarquía de los años 30. No fue un logro semipermanente basado en condiciones nacionales lógicas. Dado que la oferta material y la providencial estaban tan relacionadas con el keynesianismo y la economía industrial asociada, estos dos ámbitos sufrirían daños colaterales si los sistemas del gobierno económico y la producción industrial sufrían algún daño. Y eso fue exactamente lo que sucedió a principios de los años 70.

Las dos crisis del petróleo que tuvieron lugar entre 1972 y 1974 y entre 1979 y 1981, las recesiones económicas que las sucedieron y el comienzo de una combinación tóxica de estancamiento del crecimiento y de la inflación (conocido como estanflación) afectaron y dañaron la gestión económica keynesiana de las economías capitalistas más avanzadas. Estos problemas económicos absorbieron la energía de las filosofías sobre las que se había basado históricamente la economía fundamental, especialmente aquellas que habían afirmado la superioridad técnica de los sistemas gestionados profesionalmente por las administraciones públicas y la necesidad colectiva de ofrecer servicios de forma gratuita o ampliamente subvencionados. A partir de comienzos de la década de los 80, las ideas públicas más influyentes eran de carácter neoliberal y los Estados fueron cambiando las políticas hacia un modelo que intentaba que «la economía» funcionara gracias a las reducciones de impuestos y la mercantilización.

Otra serie de problemas relacionados con estos afectó al sistema de producción industrial sobre el que se habían basado tanto el keynesianismo como el ámbito providencial de la economía fundamental. A principios de los años 70 tuvo lugar el fin de los «gloriosos treinta años», que coincidió con una nueva ola de globalización. Los enormes núcleos industriales de empleo fueron descomponiéndose poco a poco a medida que las empresas buscaban localizaciones donde la mano de obra fuera más barata y la producción pasó a realizarse a través de cadenas globales de suministro. La era del empleo «fordista» con salarios altos que había creado una clase obrera bien remunerada que podía contribuir mediante sus impuestos a mantener la economía fundamental terminó.

En esta situación, el poder nacional centralizado (que a partir de los años 40 había sido clave en la expansión del ámbito providencial y en la nacionalización del ámbito material) comenzó a desempeñar un rol destructivo a través de los procesos de privatización, externalización y recortes en la oferta de servicios después de los primeros años de la década de los 80. Durante el primer periodo tras 1945, como prerrequisito económico para el control eficaz de la gestión de la economía fundamental, los centros de toma de decisiones municipales y regionales y las instituciones de mediación y sin ánimo de lucro pasaron a un

segundo plano; en el siguiente periodo tras 1980, la ausencia de centros regionales independientes e instituciones autónomas se convirtió en el prerrequisito político para la privatización y la externalización, ya que socavaban las posibilidades de la resistencia política que luchaba contra el ataque hacia la economía fundamental. El cambio en las políticas centrales dio pleno poder a las nuevas fuerzas del mercado financiero y corporativo, que como un poderoso lobby, defendieron la entrada de inversores y empresas privadas bajo la promesa de que la reorganización del suministro de servicios supondría el beneficio de los «consumidores».

Todo esto se plasmó en Europa de muy diferentes formas. En Reino Unido continúan decepcionados con lo que, tanto Margaret Thatcher como Tony Blair, hicieron en sus extraordinariamente centralizados gobiernos, ahora afectados por años de recortes de austeridad. En Francia e Italia están descontentos porque sus gobiernos han bloqueado durante mucho tiempo reformas similares a las de Blair defendidas por figuras como Matteo Renzi y Emmanuel Macron. Por su parte, en Alemania apoyan una tímida reforma con un gran excedente procedente del éxito de las exportaciones bajo el régimen del euro con elevados costes para el sur de Europa, especialmente para Grecia. En algunos países, la resistencia al debilitamiento de la economía fundamental surge a partir de las resilientes estructuras federales y la autonomía de los municipios, que han ejercido de estabilizadores ante presiones más generales del neoliberalismo y la corporativización. Una vez tratados estos diferentes resultados, podríamos decir que nuestro próximo objetivo no es escribir una historia de resultados divergentes, sino entender cómo y por qué los proyectos de privatización y externalización han conseguido atacar a una economía fundamental cada vez más desorganizada.

### Apéndice: Clasificación de actividades de la economía fundamental material, providencial o ignorada

**Economía fundamental material:** tuberías y cables, redes y filiales que conectan los hogares continuamente a los suministros cotidianos esenciales. En la actualidad, a menudo están privatizados.

- Los suministros básicos mediante tuberías y cables, además de electricidad, gas, agua, alcantarillado, telecomunicaciones y, en la actualidad, el acceso a internet mediante banda ancha. Los sistemas de transporte/movilidad incluyen infraestructuras y vehículos, como ferrocarril, carreteras, gasolineras y todos los vehículos públicos/sociales como trenes y autobuses. Servicio de correos universal, pero no compañías privadas de este sector, como DHL.
- Incluiríamos también la alimentación (producción, procesamiento y distribución) porque su adquisición es habitual, necesaria y muy dependiente de las infraestructuras para acercar los alimentos a los hogares. El acceso a servicios bancarios y sistemas de pago también es algo necesario para la vida cotidiana y, por lo tanto, incluimos la banca minorista.
- Hemos incluido la venta y reparación de automóviles, pero no la fabricación, ya que los automóviles se usan a menudo para la movilidad básica, al no haber alternativa en muchas zonas rurales o urbanas donde el transporte público es escaso.

**Economía fundamental providencial:** un subgrupo de actividades vinculadas al bienestar, principalmente provistas por el sector público, que ofrecen servicios universales para todos la ciudadanía. Son servicios cada vez más externalizados.

- Salud, educación, asistencia, policía y prisiones/ley y orden, funerales, administración pública. Se incluyen sus proveedores privados y exclusivos, pero no las cadenas privadas de suministros completas: por ejemplo, la distribución de medicamentos que da soporte a la asistencia sanitaria, pero no las empresas farmacéuticas.
- La vivienda estaba excluida de nuestras valoraciones iniciales sobre empleo fundamental (y ahora incluimos el sector de la construcción de viviendas en la categoría de economía ignorada). En la práctica, existe un conflicto entre la vivienda social como derecho y la vivienda privada como bien. La frontera entre un tipo y otro varía de un país a otro y de un momento a otro de la historia.

**Economía ignorada:** bienes y servicios definidos desde un punto de vista cultural como esenciales y que requieren una compra ocasional como, por ejemplo, un sofá para la casa, las vacaciones, etc.

- Diferentes necesidades cotidianas que: a) parecen cotidianas y culturalmente consolidadas, se da por sentado que hay que realizar una adquisición ocasional por medio de una serie de canales; b) bienes y servicios de soporte del estilo de vida que a menudo pueden ser bienes de baja tecnología o servicios de soporte cotidianos, como ropa, mobiliario (incluidos camas y sofás), doble acristalamiento y calefacción central o aire acondicionado, servicios de mantenimiento de la vivienda, cuidado del cuerpo (incluida la peluquería, los servicios de alimentación para mascotas y veterinario), ocio (incluido el turismo), hostelería y aeropuertos.
- Se trata de una lista definida desde un punto de vista sociocultural que puede sufrir cambios. Por ejemplo, la calefacción central de las casas británicas se convirtió en una necesidad cotidiana a partir de la década de los 70, mientras que el aire acondicionado en Australia lo hizo en los años 80.



## Referencias

- ABC News** (2017) «South-Australian-blackouts-costing-businesses-money/.» At: <http://www.abc.net.au/news/2017-02-09/8255086>
- Bartik, T.J. and Erickcek, G.** (2008) «The Local Economy Impact of “Eds & Meds”.» Brookings Metropolitan Policy Programme. At: [https://www.brookings.edu/wpcontent/uploads/2016/06/metropolitan\\_economies\\_report.pdf](https://www.brookings.edu/wpcontent/uploads/2016/06/metropolitan_economies_report.pdf)
- Bentham, J., Bowman, A., Froud, J., Johal, S., Leaver, A. and Williams, K.** (2013) *Against New Industrial Strategy: Framing, Motifs and Absences*. Manchester and Milton Keynes: Centre for Research on Socio-Cultural Change University of Manchester. At: <https://foundationaleconomycom.files.wordpress.com/2017/01/wp126.pdf>
- Braudel, F.** (1981) *The Structures of Everyday Life. Civilization and Capitalism. Volume I.* (Tr: Sian Renolds). New York: Harper and Row.
- Cohn, G.** (1910) «Municipal Socialism.» *The Economic Journal*, 20: 561-8.
- Coyle, D.** (2014) *GDP. A Brief But Affectionate History*. Princeton: Princeton University Press.
- Christophers, B.** (2011) «Making finance productive.» *Economy and Society*, 40:1, 112-140.
- Deaton, A.** (2014) *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins of Inequality*. Princeton: Princeton University Press.
- Deb, S.** (2015) «Gap between GDP and HDI: Are the Rich Country Experiences Different from the Poor?». IARIW-OECD Special Conference: *W(h)ither the SNA?* Paris. At: <http://iariw.org/papers/2015/deb.pdf>
- Earle, J., Froud, J., Haslam, C., Johal, S., Moran, M. and Williams, K.** (2017) *What Wales Can Do. Asset Based Policies and the Foundational Economy*. CREW/ University of Manchester. At: <https://foundationaleconomy.com/2017/06/23/what-wales-can-do-asset-based-policiesand-the-foundational-economy/>
- Earle, J., Moran, C., and Ward-Perkins, Z.** (2017) *The Econocracy: The Perils of Leaving Economics to the Experts*. Manchester: Manchester University Press.
- Edgerton, D.** (2008) *The Shock of the Old: Technology and Global History Since 1900*. London: Profile.
- Evans, R.** (1987) *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910*. Oxford: Oxford University Press.
- Fioramonti, L.** (2013) *Gross Domestic Problem: the Politics Behind the World's Most Powerful Number*. London: Zed Books
- GMCA** (2013) *Stronger Together. Greater Manchester Strategy*. Manchester: Greater Manchester Combined Authority. At: [https://www.greatermanchesterca.gov.uk/downloads/file/8/stronger\\_together\\_-\\_greater\\_manchester\\_strategy](https://www.greatermanchesterca.gov.uk/downloads/file/8/stronger_together_-_greater_manchester_strategy)
- Gordon, R.** (2016). *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living since the Civil War*. Princeton: Princeton University Press.
- Harford, T.** (2011) «You're wrong-we're all wealth creators» *Financial Times*, 2 December 2011
- Jacobs, J.** (1961). *The Death and Life of Great American Cities*. Boston: Random House

- Jutti, P.S. and Katko, T.S.** (Eds) (2005) *Water, Time and European Cities. History Matters for the Futures*, Tampere: Tampere University Press.
- Kuznets, S.** (1934) *National Income, 1929-32*. New York: National Bureau of Economic Research, Bulletin 49, 7 June, pp. 1-13. At: <http://www.nber.org/chapters/c2258.pdf>
- Lenger, F.** (2012) *European Cities in the Modern Era 1850-1914*. Brill: Leiden.
- Mazzucato, M.** (2015) *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths*. London: Anthem Press.
- Martin, C., Pawson, H. and van den Nouwelant, R.** (2016) «Housing policy and the housing system in Australia: an overview Report for the Shaping Housing Futures Project». Sydney: City Futures Research Centre, University of New South Wales. At: <http://shapingfutures.gla.ac.uk/wp-content/uploads/2016/09/Shaping-Housing-Futures-Australia-background-paper.pdf>
- Miles, I., Kastrinos, N., Bilderbeek, R., den Hertog, P., Flanagan, K., Huntink, W. and Bouman, M.** (1995) *Knowledge Intensive Business Services: users, carriers and sources of innovation*. Manchester: PREST. At: [https://www.research.manchester.ac.uk/portal/files/32800224/FULL\\_TEXT.PDF](https://www.research.manchester.ac.uk/portal/files/32800224/FULL_TEXT.PDF)
- Sherib, G and Sorrer, S.** (2017) «Power cuts rattle Libyan government. 19 Jan 2017.» Bloomberg News. At: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2017-01-19>
- Social Prosperity Network** (2017) *Social Prosperity for the Future: A Proposal for Universal Basic Services*. London: University College London Institute for Global Prosperity. At: [https://www.ucl.ac.uk/bartlett/igp/sites/bartlett/files/universal\\_basic\\_services\\_-\\_the\\_institute\\_for\\_global\\_prosperity\\_.pdf](https://www.ucl.ac.uk/bartlett/igp/sites/bartlett/files/universal_basic_services_-_the_institute_for_global_prosperity_.pdf)
- Stiglitz, J. E., Sen, A. and Fitoussi, J-P.** (2009) *Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social progress*. Brussels: European Commission. At: <http://ec.europa.eu/eurostat/documents/118025/118123/Fitoussi+Commission+report>
- Tilly, C.** (1985) «War making and state making as organized crime» in **Davis, P., Rueschemeyer, D. and Skocpol, T.** (Eds) *Bringing the State Back In*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.169-86.
- Waring, M.** (1990) *If Women Counted: a New Feminist Economics*. San Francisco: Harper Collins.
- Webster, C.** (2002) *The National Health Service. A Political History*. Oxford: Oxford University Press.
- Wollmann, H.** (2016) «Provision of public and social services in European countries: from public sector to marketization and reverse—or, what next?» In **Kuhlmann, S. and Bouckaert, G.** (Eds) *Local Public Sector Reforms in Times of Crises. National Trajectories and International Comparisons*. London: Palgrave Macmillan, pp.187-204.